

Recensiones

GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, S.J., José (ed.), *Diego Laínez (1512-1565). Jesuita y teólogo del Concilio*, "Manresa nº 50", Mensajero – Sal Terrae – Universidad Pontificia Comillas, Bilbao – Santander – Madrid 2013, 178 pp.

"La memoria es el ojo del espíritu", decía Shakespeare en su *Hamlet*. Éste es el gran deseo de la publicación: hacer memoria y rescatar del olvido al jesuita Diego Laínez con motivo del V Centenario de su nacimiento (1512). Se trata de un ejercicio de voluntad, de entendimiento y de memoria. Memoria por la amistad trazada con el grupo de compañeros en París (Ignacio, Javier, Fabro, Rodrigues, Bobabilla, Salmerón, Jayo, Broët y Codure), los diez "Amigos en el Señor" que entre conversaciones y deliberaciones fundarán la Compañía de Jesús. Entendimiento por el rastreo de las diferentes fuentes bibliográficas utilizadas. Voluntad por tocar el "espíritu" de este compañero jesuita "de delicada complexión, aunque bien compuesto y ancho de pecho y no menos de corazón" (Ribadeneira, *Vida del M. Diego Laínez...*, p. 111). La obra tiene en cuenta lo desconocida que resulta la figura de Laínez aun siendo rica su historiografía. Hay sombras y olvidos del jesuita que vivió entre dos santos superiores generales de la Compañía de Jesús: san Ignacio y san Francisco de Borja. Ante esa lucha de desentrañar y de desempolvar a Diego Laínez, se recopilan tres estudios que responden a tres aspectos del perfil del que sería el II General de la Compañía de Jesús (1558): apos-

tólico, gobernante y teólogo. Las tres notas son el hilo conductor de los trabajos realizados por Rafael M^a Sanz de Diego, S.J. ("Entorno cultural y primera amistad con Ignacio de Loyola"), Javier Burrieza ("La Compañía de Jesús más allá de Ignacio de Loyola") y Santiago Madrigal, S.J. ("La participación del Maestro Laínez en el Concilio de Trento"). Dos historiadores y un teólogo dan luz a Diego Laínez, luz que ninguna "tiniebla" ahora ya no la puede contener, es decir, ni su ascendencia judía hasta la cuarta generación, ni el recelo vaticanista a todo lo español, ni las disensiones con la Corte Española.

a) *Enviado a la apostólica*. Rafael M^a Sanz de Diego traza siete momentos de Laínez sin entrar en su faceta como General de la Compañía de Jesús y como teólogo en el Concilio de Trento. Estos no son una hagiografía o una semblanza más o menos histórica. Hay fuentes fundantes históricas desveladoras de una vida en movimiento y en itinerancia especialmente a partir de sus estudios en París. Después de su vida en el Almazán castellano (1512-1528), Diego Laínez realizó su maestría en Artes en Alcalá de Henares (1528-1532). La huella de Ignacio de Loyola era reciente. Conocería a Alfonso Salmerón. Dos amigos que serían "Amigos en el Señor", apóstoles y teólogos conciliares. Posteriormente, Diego Laínez iría a París. Punto nuevo de una nueva vida, fecundidad resultante de un proyecto: unos Ejercicios con Ignacio, una vinculación entre unos y otros, una vida a la apostólica. En efecto, Sanz de Diego esboza ese proyecto común

plasmado en los votos de Montmartre (15.08.1534). La circulación no es sólo geográfica (Venecia, Roma, Vicenza, Perugia, Siena, Pisa, Nápoles, Sicilia, Poissy, Trento, Bolonia) sino fundamentalmente misionera: predicador en plazas, confesor de nobles, dador de su "ancho corazón" a huérfanos y enfermos viviendo en hospitales y de limosna, teólogo en La Sapienza romana y entre los debates doctrinales y disciplinares de Trento. En resumen, ministro de la palabra y obrador de la misericordia. Son las dos notas de quien fue enviado a todo ello sea por su Santidad sea por su Superior, Ignacio de Loyola, como el apóstol enviado por el mismo Cristo a quien se debe, se mueve y vive por Él.

b) Enviado al gobierno. El historiador Javier Burrieza se adentra en el perfil gobernante de Diego Laínez al ser sucesor de Ignacio de Loyola como II General de la Compañía de Jesús (1558). Quien busca en la historia, detalla y contextualiza, relación y visualiza cómo era, en este caso, el gobierno de una vocación itinerante y universal. En su modo de liderar la Compañía de Jesús se plasma la vocación del jesuita: a la apostólica. Algunos de los puntos durante su generalato delineados por J. Burrieza son los siguientes: 1. La expansión en la India Oriental bajo el dominio portugués con sus doce misiones y 150 jesuitas en 1561; 2. El duro conflicto en Francia ante el no reconocimiento de la Compañía de Jesús; 3. Las divergencias con Nicolás Alonso de Bobadilla: la problemática entre los cristianos nuevos (Polanco, Laínez e incluso Nadal) y los cristianos viejos; 4. Dificultad de convocar la Congregación General I hasta 1558 justo después de la paz entre el papa Paulo IV y el monarca español Felipe II; 5. Los cambios en las Constituciones pedidos por el papa Paulo IV: el rezo del coro y la reducción del generalato a tres años y no de por vida; 6. Nueva configuración y dimensión de la Compañía de Jesús: Italia,

la provincia de Toledo en 1562 con la importancia de Jerónimo Nadal; 7. Necesidad de unos Directorios en lo concerniente al ministerio de la palabra y su buen desarrollo; 8. Las fundaciones de colegios en el norte de Europa bajo la dirección de Pedro Canisio, seguido de una serie de reglas para la fundación de estos.

c) Enviado a la teología. Bajo la pluma del eclesiólogo y jesuita Santiago Madrigal, el tercer estudio adentra al lector al perfil teológico de Diego Laínez. Pese a su labor en La Sapienza de Roma, es sin duda su presencia en los tres periodos del Concilio de Trento (1545-1563) la que dibuja su capacidad en los debates doctrinales y disciplinares. Madrigal enumera un sinnúmero de detalles eclesiológicos y matices contextuales. Ante el peligro de perderse entre ese laberinto, el lector debe hacer el esfuerzo de dejar latir la personalidad de Laínez y de entrever su espíritu entre las diferentes informaciones dadas. Diego Laínez estará presente en las tres etapas, pero más decisivamente (con voto deliberativo) en la tercera como II General de la Compañía de Jesús. Su tributo teológico versa en los siguientes puntos: a) Sacrificio de la Misa y la comunión de laicos bajo las dos especies; b) Sobre la residencia de obispos y su derecho divino reformando las costumbres de los obispos; c) Presencia en las discusiones acerca de los matrimonios clandestinos y estableciendo las condiciones de un matrimonio legítimo; d) En torno a las indulgencias, el culto de los santos y el purgatorio. A través de Laínez la Compañía de Jesús se presenta con un vigor teológico y un deseo de renovación; se consolida en su frescura y novedad religiosa y nace entre las "confesiones" del siglo XVI y sus debates.

Es justo y necesario dar luz y memoria a quien vivió "la Amistad en el Señor" con otros, sus diez compañeros universitarios. Entre ellos, Ignacio. ¿Único fundador de la Compañía de Jesús? El de Almazán llevará "más allá" a la Compañía, siempre a la

apostólica sea en su gobierno sea en su teología. Los tres estudios se entrelazan y se complementan armoniosamente dando música al espíritu de este primer jesuita fundante: Diego Laínez.

Eduard López, SJ

UDÍAS VALLINA, Agustín, *Los jesuitas y la ciencia. Una tradición en la Iglesia*, Mensajero, Bilbao 2014, 372 pp.

¿Por qué los jesuitas, desde el tiempo de san Ignacio, mostraron tanto interés por la “nueva ciencia” que empieza a crecer desde el siglo XVI? El autor de este libro emite la hipótesis siguiente: en su opinión, la espiritualidad ignaciana impulsa a buscar a Dios en todas las cosas. Y esta experiencia interior abrió la mente de los antiguos jesuitas hacia sentir y gustar la divinidad en las obras de sus manos tal como revela la filosofía natural de la época. Un “fuego que enciende otros fuegos” que ha llegado hasta nosotros. En el fondo, este libro es una reflexión sobre las raíces espirituales de los jesuitas en las ciencias. Dirigido a todos aquellos que “sienten curiosidad por conocer la labor científica de los jesuitas a lo largo de su historia” (p. 11), está estructurado en diez capítulos, un epílogo de recapitulación, dos apéndices, una extensa bibliografía y un completo índice onomástico.

La solidez y solvencia de los contenidos vienen respaldados por el currículo de su autor: Agustín Udías Vallina. Jesuita, catedrático emérito de Geofísica en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia Europea. Entre otros textos, encontramos *Principles of Seismology* (Cambridge, 1999) y *Searching the Heavens and the Earth. The history of Jesuit Observatories* (Dordrecht, 2003). En la editorial “Sal Terrae” ha publicado *Ciencia y Religión: dos visiones del mundo* (Santander, 2010).

En el famoso *Dictionary of Scientific*

Biography (editado por Ch. C. Gillespie en 16 volúmenes, entre 1970 y 1980) se citan a 29 jesuitas que destacaron internacionalmente en el mundo de las ciencias. Y en el libro que comentamos, el autor ha recopilado una larga lista de 361 nombres de jesuitas científicos desde 1540. De ellos, 50 son matemáticos, 44 físicos, 109 astrónomos, 70 geofísicos, geólogos y meteorólogos, 4 químicos, 21 biólogos, 39 naturalistas, geógrafos y cartógrafos y 24 exploradores. “Naturalmente –apunta el autor– ésta no es más que una pequeña muestra de los numerosos jesuitas que se han dedicado a las ciencias desde la fundación de la Compañía” (pp. 13-14).

Para san Ignacio de Loyola, la creación de lo que entonces se denominaban “colegios” constituyó una orientación nueva de la orden recién fundada. Esto no estaba en su idea original, “pero los colegios se convirtieron ya durante su vida en el instrumento más importante de su trabajo apostólico” (p. 16). A la muerte de Ignacio en 1556, la Compañía tenía 35 colegios en diversos países de Europa y uno en la India. “de esta forma, diez años después de su fundación, la Compañía tomaba la labor de los colegios como el elemento clave de su labor apostólica. La rápida extensión de los colegios se explica por la necesidad y demanda social de la educación de la juventud, a la que la nueva orden respondió con un nuevo estilo y estructura pedagógica” (*ib.*). Los años en los que empiezan los primeros colegios jesuitas coinciden con el inicio de la llamada revolución científica y el origen de la ciencia moderna (Copérnico, Kepler, Brahe, Galileo, Roger Bacon, entre otros). La orientación de la recién denominada “nueva ciencia” implicaba el recurso a la observación de la realidad y a la construcción de experimentos para confirmar las incipientes leyes naturales que se formulaban.

A partir de 1825, tras la restauración de la Compañía en 1814, los jesuitas renovaron su interés por las ciencias naturales y socia-